

O

Un cuento del futuro

EL HOMBRE BICENTENARIO (fragmento)

Isaac Asimov

Las tres Leyes de la robótica:

1. Un robot no debe causar daño a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra ningún daño.
2. Un robot debe obedecer las órdenes impartidas por los seres humanos, excepto cuando dichas órdenes estén reñidas con la Primera Ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia, mientras dicha protección no esté reñida ni con la Primera ni con la Segunda Ley.

—Gracias —dijo Andrew Martin, aceptando el asiento que le ofrecían. Su semblante no delataba a una persona acorralada, pero eso era.

En realidad su semblante no delataba nada, pues no dejaba ver otra expresión que la tristeza de los ojos. Tenía el cabello lacio, castaño claro y fino, y no había vello en su rostro. Parecía recién afeitado. Vestía anticuadas, pero pulcras ropas de color rojo aterciopelado.

Al otro lado del escritorio estaba el cirujano, y la placa del escrito incluía una serie indentificatoria de letras y números, pero Andrew no se molestó en leerla. Bastaría con llamarle "doctor".

—¿Cuándo se puede realizar la operación doctor? —preguntó.

El cirujano murmuró, con esa inalienable nota de respeto que un robot siempre usaba ante un ser humano:

—No estoy seguro de entender cómo o en quién debe realizarse esa operación, señor.

El rostro del cirujano habría revelado cierta respetuosa intransigencia si tal expresión —o cualquier otra— hubiera sido posible en el acero inoxidable con un ligero tono de bronce.

Andrew Martin estudió la mano derecha del robot, la mano quirúrgica, que descansaba en el escritorio. Los largos dedos estaban artísticamente modelados en curvas metálicas

tan gráciles y apropiadas que era fácil imaginarlas empuñando un escalpelo que momentáneamente se transformaría en parte de los propios dedos.

En su trabajo no habría vacilaciones, tropiezos, temblores ni errores. Eso iba unido a la especialización tan deseada por la humanidad, que pocos robots poseían ya un cerebro independiente. Claro que un cirujano necesita cerebro, pero éste estaba tan limitado en su capacidad que no reconocía a Andrew. Tal vez nunca le hubiera oído nombrar.

—¿Alguna vez ha pensado que le gustaría ser un hombre? —le preguntó Andrew.

El cirujano dudó un momento, como si la pregunta no encajara en sus sendas positrónicas.

—Pero yo soy un robot, señor.

—¿No sería preferible ser un hombre?

—Sería preferible ser mejor cirujano. No podría serlo si fuera hombre, solo si fuese un robot más avanzado. Me gustaría ser un robot más avanzado.

—¿No le ofende que yo pueda darle órdenes, que yo pueda hacerle poner de pie, sentarse, moverse a derecha e izquierda, con solo decirlo?

—Es mi placer agradecerle. Si sus órdenes interfiriesen en mi funcionamiento respecto de usted o de cualquier otro ser humano, no le obedecería. La Primera Ley, concerniente a mi deber para con la seguridad humana, tendría prioridad sobre la Segunda Ley, la referente a la obediencia. De no ser así, la obediencia es un placer para mí... Pero ¿a quién debo operar?

—A mí.

—Imposible. Es una operación evidentemente dañina.

—Eso no importa —dijo Andrew con calma.

—No debo infligir daño —objetó el cirujano.

—A un ser humano no, pero yo también soy un robot.



Este cuento, del que solo se reprodujo el primer capítulo, tiene una historia. En 1976, con motivo de la celebración del segundo centenario de la independencia de los Estados Unidos, se encargó a varios autores que escribieran algún relato corto con el tema *The Bicentennial Man*, el cual podía desarrollarse libremente. Lo interesante es que en inglés esta expresión puede interpretarse como “el hombre del bicentenario” (la vida de la gente en los EE.UU. doscientos años después de la declaración de la Independencia de ese país, como ocurrió en la Argentina en 2010) o como “el hombre bicentenario” (un hombre que

llega a vivir doscientos años). Jugando con esta ambigüedad, Asimov, que fue uno de los autores que recibió aquel encargo, renunció a hacer un ensayo sociológico y, argumentando que “un hombre no podría vivir tanto tiempo”, escribió un relato corto acerca de un robot que poco a poco va asimilando el mundo de los seres humanos hasta el punto de desear ser reconocido como uno de ellos, lo cual lo lleva a luchar por obtener su humanidad de manera legítima.

Esto también dio lugar a un libro, escrito con posterioridad, y a dos películas, que fueron difundidas con mucho éxito.

Actividad

- Señalá cuáles de las siguientes afirmaciones son verdaderas (V) y cuáles, falsas (F), teniendo en cuenta que el cuento se desarrolla en un futuro hipotético.

En las Leyes de la robótica, el hombre debe proteger a la máquina.	<input type="checkbox"/>
Los robots deben obedecer siempre las órdenes de los humanos.	<input type="checkbox"/>
El cirujano era un robot disfrazado.	<input type="checkbox"/>
Los rostros de los cirujanos eran siempre bronceados.	<input type="checkbox"/>
Las manos de los robots eran de acero inoxidable.	<input type="checkbox"/>
El robot refería ser hombre antes que un mejor cirujano.	<input type="checkbox"/>
La obediencia es una capacidad solo humana.	<input type="checkbox"/>
Los robots deben respetar la seguridad humana.	<input type="checkbox"/>
Los robots cirujanos no pueden causar daño.	<input type="checkbox"/>
Andrew era un robot.	<input type="checkbox"/>

- Buscá información sobre el libro que se escribió a partir del cuento que citamos.
- Investigá sobre la vida de Isaac Asimov.
- Buscá información sobre las películas que se basaron en el cuento.
- ¿Es posible que los robots algún día reemplacen a los seres humanos en tareas tan delicadas como las cirugías?
- La humanidad continúa desarrollando aparatos que desempeñan cada vez más tareas. ¿Pensás que el futuro va a ser mejor así?

Respondé los últimos cinco puntos en un documento de texto y guardalo. No importa el formato por el momento.